

DIÁLOGO SOBRE LAS POLÍTICAS CULTURALES
INTERVENCIÓN DE ALFREDO CASTILLO BUJASE
9 DE MAYO DE 1990

(Versión magnetofónica no corregida por el autor)

Deseo iniciar el planteamiento de este problema confesando que he hecho un inmenso esfuerzo de reflexión para decir lo que voy a decir. No he logrado, de ninguna manera, tener la certeza de que la exposición que voy a hacer contenga la precisa definición de la circunstancia, la determinación, las fuerzas motrices que, en este momento, conducen la visión del problema de la cultura y la formulación de una política cultural.

Toda cultura si es verdadera tiene raíz en la evolución del pueblo al que representa y obviamente es siempre permeable en todos los sentidos al desarrollo de la cultura universal.

La palabra cultura no disfruta de muchos sinónimos, en el sentido que nosotros la estamos utilizando, pero hay uno que sí podría, con ciertas limitaciones representarlo, esto es, la experiencia. No todo tipo de experiencia, pero sí aquella que tiene un ayer, un presente, un mañana, aquella que, por último, si muere se incorpora a una memoria y, aquella que participa desde la producción hasta la imaginación en el desarrollo social.

La experiencia, todos sabemos, es infinita en el desarrollo humano. La experiencia de la esclavitud, la experiencia de la liberación, de la fealdad, la belleza, la paz, la guerra, la miseria, la abundancia, la experiencia del ser mujer, del ser varón, de las edades del hombre, la experiencia de las edades de la humanidad. Experiencia es la palabra que mas se puede asimilar a cultura y nos puede facilitar, incluso, volver a ella (a la cultura) y pensarla en términos de la política, que no es otra cosa que la condición que hace viable transmitir la experiencia, es decir, desarrollar la cultura. Decimos esto como una premisa.

Hoy y desde hace muchos años, podríamos decir, desde hace 500 años, el destino de cualquier cultura tiene su determinación inmediata en lo universal, de manera manifiesta y evidente. Y es por eso que hablar de una política cultural nos impone reconocer ciertas determinaciones universales en estos momentos, sobre todo cuando ha concluido el año 1989 que es un año que en el siglo XX equivale a siete décadas. Es un año que amontona tantas décadas encima, que al mismo tiempo, suprime tantas respuestas de las cuales podría envanecerse un gran sector de la humanidad, supresión que crea tantas interrogantes que tenemos que aprender a formularlas, a reconocerlas, reformularlas, de alguna manera dotarlas de cierta correspondencia con lo necesario del día de hoy.

1989 fue un año en el cual se puso en evidencia la expresión concreta de un proceso que se inició el 85 en la Unión Soviética y que se denominó *perestroika* y que hizo retroceder todo lo ideológico, todo lo que suponíamos racional, y se advirtió que habían cosas profundamente irracionales como la Historia, cosas hondamente invencibles como el movimiento de la humanidad, como el progreso, que mataban sueños, convicciones,

volvían utopías a las certezas. Y también podemos decir que eran cosas que expresan la victoria de todos.

1989 es un año conmovedor para los sueños de la humanidad. Amontona décadas terribles. Recalifica al siglo, el siglo de la conciencia, de la liberación, superación de la explotación del hombre por el hombre, de la creación de un estado de trabajadores, de un estado en donde podía conducirse planificadamente todo el desenvolvimiento de la historia, de la igualdad más allá de como lo soñó la Revolución Francesa. De pronto, en 1989 todos los cambios que produjeron ese notable retroceso nos dicen que la historia avanza.

El ser humano está en condiciones de percibir y leer esta 'defunción' de un sueño como una victoria de todos y como nunca vuelve a pensar su creación, todas sus creaciones, en relación con lo nuevo.

Fue después de la Segunda Guerra Mundial que se desató eso que se denominó la Segunda Revolución Industrial y con ella esa afirmación de la economía política: la ciencia devino en una fuerza productiva directa. Con esa fuerza productiva cambiaron las leyes, las clases, la teoría de la plusvalía. El proletariado no sería solo el sector que se lo reconocía creando con las manos, también estaría allí el científico creando con la imaginación, con la capacidad inventiva. Quedaría de todas las leyes, entre otras, la del valor. Las mercancías seguirían cambiándose por el trabajo plasmado en ellas. Se modificaron las clases en sus intereses, en sus relaciones, pensamiento, ideología. Cambiaron sin que casi nadie las viese, con la fuerza con que, a veces, lo inexorable aparece, en silencio y, de pronto, el estruendo increíble de la *perestroika*, que no es un problema de la Unión Soviética que no es relativo al socialismo solamente, que atañe a la humanidad en su conjunto. Aún no lo puede ver la humanidad en su conjunto, porque es muy fuerte la mirada de un sector, de aquel que piensa que ha vencido y que para siempre será como es, que la historia se detendrá en él, que los ricos serán más ricos y los pobres más pobres, y los sabios más sabios, y los ignorantes más ignorantes y el norte más al norte, y el sur más cerca de la tumba.

Al cambiar las clases evolucionaron las naciones y también los estados, en estas décadas, fueron mutando sus relaciones y creando un proceso nuevo, novísimo, de formas de representación diferentes para las clases, para las naciones. Por lo tanto, los partidos y los estados, las teorías, la cultura y las ideologías se ven sujetas a una exigencia inapelable, marchar al paso con que marcha la realidad, con que marcha la producción, la tecnología, la ciencia.

Ese cambio se reconoció en una observación científica de Marx: ningún modo de producción sede el paso a otro que lo supere sin haber agotado en sus relaciones de producción, en las formas de propiedad en las que se organiza, la posibilidad del desarrollo de las fuerzas productivas. Y la sociedad más avanzada, la comunidad socialista en donde están los sueños y los valores morales más avanzados de la humanidad tenía una productividad de trabajo menor y una organización productiva técnicamente inferior, una eficacia en las inversiones menor también, mientras que la otra poseía, y posee, una productividad mayor y un sistema técnico-científico mucho

más avanzado, una conducción general de la estructura económica con mayores rigores, licencias y controles. Esto hizo que se produjese una conversión de ciertas relaciones de producción que debían incorporarse en el proceso de organización de una sociedad nueva.

Se planteó un problema: el proceso de desarrollo científico-técnico no solo se daba en el escenario de la lucha de clases sino también desde su armonía. Y su armonía solo era posible en una forma de su lucha desde una relación de ellas con otras naciones. Entonces, surge, otra vez; el problema nacional como un problema central. Se evidencia que la nación es una forma fundamental de organización del proceso social en todos los aspectos, desde lo económico hasta lo cultural, como el escenario para un desarrollo que no puede ser superado todavía desde el de una sola clases –o quizás nunca– no nos compete a nosotros hacer futurología, nos corresponde solo reconocer su circunstancia real y actual.

Las naciones renuevan su fortaleza como forma organizativa de intereses diversos, de una pluralidad de clases y ponen en marcha un proceso multclasista de desarrollo. Demuestran además que la forma de integración internacional es de esta manera: internacional.

Este carácter está en marcha, en la creación de una comunidad sorprendente en el mundo, que es la Comunidad Económica Europea y que además, se reproduce en términos menores, pero no sin eficacia, en Norteamérica, Estados Unidos y Canadá. Ese manejo crediticio-financiero que aproxima con una fuerza extraordinaria a México, al que le impone nacionalizar la banca y privatizar la banca según las demandas de esta especie de comunidad norteamericana. Algo semejante en el Asia. Estos hechos replantean el objetivo de la integración de las naciones. Tanto la ideología cuanto la práctica de las clases se tornará más fecunda solo en relación con la nación, con las naciones en las cuales están inmersas. Ninguna clase que no tenga referencia con la nación podrá tornar eficaz ni su pensamiento ni su práctica ni su lucha ni la armonía que pueda buscar con otras clases. Surge, de esta condición histórica o circunstancia de muchas décadas, un replanteamiento definitivo de la organización de las naciones, de los objetivos de las clases y de las contradicciones reales que conducen el proceso histórico presente.

De golpe se cuestionan –en la mayoría de los países– no solo la inmediatez del socialismo como modo de producción, no solo el estado proletario como forma de organización política de una sociedad en la cual la propiedad privada solo podía ser negada desde el desarrollo, sino que además, se cuestionan también las formas del progreso en la actualidad y brotan objetivos nuevos, distintos y referentes *sine quo non* para el pensamiento y la práctica de cada una de las clases fundamentales de una nación. No más excluyente cultura burguesa, no más ilusión de una cultura proletaria. Cultura nacional, sí. En la que se imbriquen la diferencia y logros de las clases, en unos casos desde un objetivo, en otros, desde otro. Las clases ni en su política ni en su cultura pueden tener un referente solo respecto de sí mismas.

En un estado neocolonial, cultural, política, económica y militarmente, los trabajadores, los sindicatos para elevar su capacidad de representación de los intereses del pueblo y de las clases que integran el movimiento sindical tienen que poner en relación con la nación su pensamiento, su práctica, e incluso, sus reivindicaciones. Lo mismo los empresarios. Lo que no podrá tener cabida son los sectores de la burguesía que no pueden poner en relación con el interés de la nación ni su pensamiento ni su práctica.

La cultura, tanto en su quehacer cuanto en la condición política en que se desarrolla, tendrá que recrear vínculos con la nación, en muchas de sus expresiones, cualquiera que sea la experiencia que se transmita, se reproduzca, se conserve, se memorice, se materialice o se incorpore al espíritu de nuestro pueblo. La nación es un vínculo fundamental. En nuestro caso, es además necesaria como un proceso organizativo indispensable por la situación internacional y la condición neocolonial de nuestro país. Es el único espacio en el cual puede constituirse la fuerza necesaria para liberar a nuestro pueblo, a nuestra Patria del atraso y la dependencia política. Es el único referente que puede, en este momento, generar una ruptura con la comprensión que se volvió dogmática y sectaria, que no tenía más afinidad que sus propios intereses y no la relación con la nación. Y de otro lado, este espacio organizativo de la nación es lo único que puede constituir un continente histórico del desarrollo de nuestro pueblo y, al mismo tiempo, la creación por recuperar la experiencia de la lucha por su liberación desde los procesos productivos hasta aquellos que la imaginación posee para bien del placer y la transformación.

Esta última década del siglo XX nos impone volver a pensar las relaciones de las clases, la de los combates necesarios y la de los combates que no son necesarios. Nos exige pensar en las armonías imprescindibles de las clases para poder satisfacer las demandas de desarrollo de la nación, lo cual solo es posible a condición de reconocer la situación real de nuestra Patria, esto es, la situación de ser país neocolonial y de establecer un objetivo, el de la liberación nacional, que no es solo una estrategia de un partido, sino la respuesta a una situación de nuestro pueblo y de los pueblos del Tercer Mundo.

Toda política cultural ha de destacar de la experiencia de nuestra cultura y de la cultura universal, de esta multidramática experiencia del pueblo ecuatoriano y de los pueblos del mundo, aquello que corresponda a la realización de este objetivo y al desarrollo de la nación. Fuera de esto es imposible que una política cultural pueda realmente ser tal: una condición de traslación, de desarrollo, de conservación, de recuperación de una experiencia. Fuera de eso es como enseñar el alfabeto y ni una sola palabra, porque una palabra corre el riesgo de estar cargada de experiencia. Hacer un edificio y poner un rótulo: Casa de la Cultura, por ejemplo, lo Teatro XX. En ninguno de estos casos se ha plasmado una política cultural, en el primer caso hay deseo de producirla y, en otro caso, hay una buena intención de contratarla. Pero una política cultural no ha sido posible bajo estas formalidades y obligaciones.

Hoy, más que nunca, es imprescindible que la cultura, que los hombres que trabajan en su recuperación y desarrollo, aumenten sus esfuerzos por trasladar la experiencia necesaria para el desarrollo. Recuperando básicamente el proceso histórico-político de formación de la nación ecuatoriana, proceso que siempre está en evolución, pero que en nuestro caso es manifiestamente inacabado. Es necesario que sea una consigna la nación política, que sea una consigna la nación económica, la nación cultural, la nación –yo diría– de combate por la liberación, la nación como el único contenido real de nuestra Patria.

Hay momentos en la historia en que la cultura se vuelve un ejército. Esta última década del siglo XX torna a la cultura un ejército fundamental para el pueblo ecuatoriano. Hoy más que nunca quienes conserven la experiencia de lo más avanzado de la humanidad, de lo más antiguo de nuestro pueblo aportarán al ascenso de nuestra nación y al objetivo de su liberación el potencial más importante para la prosperidad del pueblo ecuatoriano.

Asumamos aquello de que la cultura es el idioma de la vida real, como todas las exigencias que esta definición nos impone.

Reconozcamos las interrogantes que deben plantear y responder hoy nuestras clases, nuestras etnias, nuestras culturas, nuestros pueblos, nuestras naciones de América y el mundo. Formular esas interrogantes es imprescindible, no podemos continuar solo con las respuestas que poseíamos. Cambiaron las preguntas de golpe y hoy debemos responder de nuevo.

Todo impone una profunda transformación espiritual, una profunda reflexión política, una profunda asimilación ética, una profunda variación de la estética, como si hubiese viejas y nuevas artes y también la intuición de impredecibles hacia el futuro. Es como volver a definir el progreso, lo revolucionario. Eso no se definió ni se hace jamás de una vez para siempre: está dispuesto a volver a la realidad que no es retroceder sino avanzar. Hay que estar dispuestos a avanzar.

Quisiera, compañeros, compañeras decirles que organizar la política cultura es organizar el espíritu necesario para la transformación de nuestra Patria. Creo que es posible que lo hagamos todos, que juntemos las fuerzas de quienes se han agremiado, de quienes han hecho asociaciones de hecho, de los hombres que hacen cultura o la reconoce silenciosamente, de los productores de libros inéditos, de cuadros que no se los ven, de canciones que no se escuchan o simplemente de quienes tienen el saber de un sufrimiento como es nuestro pueblo, de quien tenemos que aprender infinitamente.

Dejo planteado el problema así, para que de verdad abramos un diálogo. Nuestro Partido quiere recoger el pensamiento de todos para integrarse a este quehacer de todos que es la única forma de producir, modificar y desarrollar una política cultural imprescindible para la nación en este momento.